

Václav Havel: interrogatorio a distancia

Ciertos críticos de Praga juzgan con mucha severidad a Milan Kundera. Tal vez se trata de una reacción al éxito universal de su obra. La insoportable levedad del ser, ha vendido en Italia, por ejemplo, 200 000 ejemplares, lo que lo convierte en el libro más vendido después de la guerra; ha tenido el mismo éxito en Estados Unidos y, evidentemente, en Francia. ¿No plantea esto la cuestión de la diferencia entre los gustos literarios en Checoslovaquia y el resto de Europa?

No veo por qué la diferencia de opiniones sobre un libro o un autor debe significar la diferencia de gustos literarios entre nosotros y el resto de Europa. Y tampoco veo por qué esto debería interpretarse en descrédito de quien critica a un escritor. Sea como sea, más vale tener una opinión propia, incluso si es diferente de la de los demás, que no parecer diferente al precio de renunciar a la propia opinión. A mí, en lo personal, me gusta ese libro, independientemente del número de ejemplares publicados. Por otra parte, ¿no es el miedo a tener opiniones diferentes del resto del mundo lo que traiciona nuestro provincianismo? Y como yo conozco los amores literarios de Kundera, creo que él —a diferencia de sus apologistas del exilio— no sufre este tipo de provincianismo.

¿Cuál es su opinión sobre los valores universales en la literatura?

No tengo ninguna. Se trata, en última

Václav Havel, autor de teatro, es el actual presidente de Checoslovaquia.



instancia, de un falso problema típicamente checo.

Confieso que el término "obra de valor universal" es insidioso y complicado, pero si no me equivoco, fue Goethe quien introdujo esta noción en la literatura, al hablar de "Weltliteratur". Con esta palabra designaba un fondo literario de obras clásicas a las que la humanidad no dejaba de volver para comprenderse a sí misma y comprender su historia. A Milan Kundera se le considera, en algunos países, un clásico. Permítame que cite, en este contexto, un fragmento de su artículo "Notas sobre la semicultura", publicado en Tvár. Dice usted: "Unos valores efectivamente universales se imponían entre nosotros, no apoyándose en una cultura general —como en la mayoría de los países— sino en oposición a ella". Y lo demuestra a partir de ejemplos sacados de Mácha, Kafka y Janáček. Actualmente, yo añadiría a Milan Kundera...

Por qué no, si usted lo ve así. Yo no considero a Kundera un *outsider* de la cultura checa. Fue, durante muchos años, el ojo derecho de los lectores, y todavía sigue siendo muy apreciado; muy joven, ya había recibido el premio literario más importante del Estado. Si sus libros pudieran publicarse entre nosotros actualmente, el tiraje sería, sin duda, tan importante como en los países occidentales. En cuanto al artículo que usted cita, añadiría que ahora, veintitrés años después de haberlo escrito, desconfío de expresiones como "valores universales". Estas palabras han perdido su sentido, igual que el término "socialismo".

En la recopilación de sus trabajos de los años 1969-1979 titulada "Para una identidad humana", figura una parte de su polémica con Kundera de 1968-1969. Sin embargo, no aparece la respuesta que éste publicó en la revista Host Do Domu, donde bajo el título "El radicalismo y el exhibicionismo", polemiza con su punto de vista. Kundera siempre ha defendido las victorias y los compromisos logrados, e ironizaba sobre las personas que creen que "la derrota de una causa justa arroja luz sobre la mediocridad del mundo y el esplendor de su propio carácter". El no recoger en su libro el texto de Kundera, ¿significa que desea evitar este asunto?

En primer lugar, los textos del libro de que usted habla fueron reunidos por Vilém Precan y Alexander Tomsky mientras yo estaba en la cárcel. Por lo tanto no soy responsable de su elección. En segundo lugar, los criterios de selección obedecen a una lógica editorial.

Eligieron, además de mis textos, los textos ante los que yo reaccionaba en mis artículos y no los que reaccionaban a éstos. En tercer lugar, está fuera de mí evitar el asunto del que usted habla. Conozco bien el escepticismo de Kundera sobre los actos cívicos que no tienen resultados inmediatos sino que, por el contrario, sirven a la mayor gloria de sus autores. Debo decir que no comparto este punto de vista. En *La insoportable levedad del ser*, el hijo de Thomas le pide a su padre que firme una petición a favor de los presos políticos. Éste se niega. Se justifica diciendo que de todos modos no puede ayudar a los prisioneros y que lo esencial, para las personas que deciden firmar, es atraer la atención sobre sí mismas y tranquilizarse sobre su capacidad de seguir actuando sobre el curso de los acontecimientos. Además, firman con más facilidad porque ya lo han perdido todo y no arriesgan nada. En lugar de ayudar a las familias de los prisioneros políticos, erigen su propio monumento y no se plantean el efecto que éste va a tener en la situación de los condenados.

Desde el punto de vista novelesco, poco importa si este episodio se inspira o no en la realidad, si la petición tuvo algún efecto, o al contrario, no sirvió de nada. No hablo de la novela, sino de la realidad. Incluso si Kundera se inspira en la importante petición de los escritores al principio de la "normalización", todo lleva a creer que Thomas es el intérprete de su propia opinión (y usted, además, lo confirma con su cita). Lo recuerdo bien, yo era de los que recogían las firmas. Se trataba, en aquel momento, de una súplica tímida y modesta, que no ponía en tela de juicio las condenas, sino que apelaba a la generosidad del Presidente de la República, pidiéndole que concediera, en ocasión de las fiestas navideñas, la amnistía para los prisioneros políticos. (Ahora, por otra parte, ningún miembro de la carta firmaría una petición de un tono tan conciliatorio). En aquel momento, los escritores todavía no estaban divididos entre los que podían publicar y los que no, así que no se sabía quién iba a firmar. Algunos escritores considerados actualmente oficiales estamparon su firma. Esta petición presentaba algo

nuevo, porque se trata de la primera expresión de solidaridad desde que Husak era secretario general del Partido. Provocó una violenta reacción del poder, y muchos firmantes se retractaron. Utilizaron los mismos argumentos que Thomas en la novela de Kundera: esto no va a ayudar a nadie, el gobierno será todavía más brutal, es exhibicionismo de parte de los que, de todos modos, no pueden publicar y quieren así atraer a los demás hacia el precipicio abusando de su generosidad.

El presidente, por supuesto, no concedió ninguna amnistía, y Sabata, Hübl y otros siguieron purgando sus penas. No hicimos más que demostrar el esplendor de nuestros caracteres. Así que parece que la historia da la razón a los críticos de la petición. ¿Es así? No lo creo. Des-

pués de su liberación, todos los prisioneros confirmaron que aquella petición les había dado una gran satisfacción, y que además había dado otro sentido a su encarcelamiento, al crear una solidaridad entre los firmantes. Entendían mejor que nosotros que la petición sobrepasaba, por sus consecuencias, la cuestión de su liberación. Aun sabiendo que no serían liberados, veían que se interesaban por ellos, que simpatizaban con ellos y que, a pesar de la resistencia general, les expresábamos nuestro apoyo. Esto ya basta para justificar la petición (sé, por propia experiencia, que las noticias que a uno le llegan a prisión sobre las expresiones de solidaridad, pueden ayudarle a sobrevivir). Y, al mismo tiempo, tenía un sentido más profundo. Marcó el inicio del resurgimiento de la sociedad



que desembocó en la Carta 77 y en su labor cotidiana, y en cientos de otras peticiones. Si bien el gobierno no reaccionó directamente ante ninguna de ellas, se vio obligado a tener en cuenta la nueva situación creada. Sus efectos indirectos y modestos se manifestaron a largo plazo. Fijese, por ejemplo, en esto: los prisioneros de comienzos de los años setenta eran condenados a penas muy duras prácticamente por nada, y nadie, ni entre nosotros ni en el extranjero, protestaba. Y por eso, además, pudieron pronunciarse tales penas. Actualmente, gracias al trabajo quijotesco y paciente de los valientes firmantes de peticiones que se sucedieron durante quince años sin preocuparse de que los acusaran o no de "exhibicionismo" y sin querer "arrojar luz sobre la mediocridad del mundo ni sobre el esplendor de su carácter", actualmente, pues, basta que ésta o aquella persona sea detenida por motivos políticos y prácticamente todos los grandes diarios del mundo hablan de ello durante las cuarenta y ocho horas siguientes. Hemos conseguido llamar la atención del extranjero sobre nuestra situación, y el gobierno debe contar con eso. Ya no puede permitirse lo que se permitía antes, no puede contar con el silencio, debe calcular con el efecto del descrédito. El resultado es que podemos actuar. Cientos de personas hacen ahora lo que a principios de los años setenta habría sido inconcebible. La situación es diferente, y no porque el gobierno se haya vuelto más tolerante, sino porque ha tenido que adaptarse y someterse a la presión que venía de abajo. Esta presión se componía de actos cívicos, aparentemente suicidas o "exhibicionistas". Los que observan la sociedad "desde arriba" son impacientes, porque buscan efectos inmediatos. Si el efecto esperado no se produce, los actos parecen gratuitos. No comprenden que estos actos sólo fructifican después de largos años, que los inspiran motivos éticos y que incluso corren el riesgo de quedar sin efecto. (En el artículo en cuestión, Milan Kundera me reprochaba haber hablado del riesgo demasiado a menudo; llegaba hasta a calcular la frecuencia de esta palabra en mi texto. Sí, la utilizaba a menudo, era

un efecto estilístico lamentable, pero, por el contrario, no lamento en absoluto haber planteado el problema del riesgo en tanta incertidumbre sobre el éxito de nuestras acciones.) Ay, vivimos en una situación en la que, con frecuencia, el movimiento hacia adelante suele ser el resultado de actos exhibicionistas de desesperados, o al menos de los que se les parecen, como el libro de Kundera. No quiero ser injusto con él, pero creo que su concepción de Europa rapada por Asia, de la Europa cementerio



del espíritu, donde reina el olvido y donde la historia no es sino una fuente de chistes malos, se apoya en la imagen de una Checoslovaquia de principios de los años setenta. Como si todas esas peticiones sólo fueran gestos gratuitos, como si no fueran sino actos tanto más desesperados cuanto que sus autores, de hecho unos fracasados, no hacen otra cosa que atraer la atención sobre sí mismos, incapaces de actos más sensatos.

Es evidente que cada petición puede contener parte de lo que hace reír a Kundera y no puedo guardarle rencor por ello, sobre todo porque habla del tema en una novela. Le reprocho otra cosa. No ve, y no quiere ver, lo que es menos aparente en esta actividad, pero que nos llena de esperanza: su efecto a largo plazo. Como si fuese prisionero de su propio escepticismo, como si no quisiera admitir que a veces hay que obrar valientemente como ciudadano y que vale la pena incluso si parece ridículo. Comprendo muy bien su horror al

ridículo y a lo patético, se explica por su experiencia del comunismo, pero creo que este miedo le impide entender que la actividad en los regímenes totalitarios está misteriosamente diversificada. Ciertamente que el escepticismo profundo se explica de un modo satisfactorio por la pérdida de las ilusiones y del entusiasmo, pero corre el peligro de ocultar el reverso de la medalla, el que nos da esperanza. Y si queremos ser más modestos, oculta incluso lo que parece ambiguo.

¿No podríamos decir, en relación con las críticas dirigidas a Kundera en Checoslovaquia, que se le reprocha su éxito porque sus libros confirman la imagen que Occidente tiene de los países del Este? ¿Acaso la trivialización de la actividad de los disidentes no justifica la falta de interés por parte de los occidentales? Kundera responde diciendo que nuestras exigencias se están volviendo incomprensibles y que sólo queda un pequeño círculo de personas sensibles a nuestra situación.

Voy a decepcionarle, pero en este punto tengo que defender a Kundera. No creo que su objetivo principal sea estar bien situado en una lista de libros más vendidos, y tampoco creo que esté dispuesto a sacrificar sus ideas tan sólo para que le entiendan bien. Por eso no puedo creer que cambie de opinión sobre nuestra actividad política en función de la demanda de los lectores. Sólo traduce su propio punto de vista, que sería el mismo si viviese todavía en Checoslovaquia, donde el nivel alcanzado por sus libros en Occidente le preocuparía menos. Él tiene sus opiniones, como yo tengo las mías, y nadie puede cambiarlas.

Hace poco más de cien años, Gordon Schauer se dirigió al pueblo checo mediante una serie de preguntas. A veces las recordamos, y Milan Kundera ha vuelto a citarlas en el congreso de la Unión de Escritores en 1967. Estas preguntas fueron formuladas en la revista Cas en 1886: "¿Cuáles son las tareas de nuestra nación? ¿Cuál es nuestra tarea en relación con la historia de la huma-

nidad? ¿Cuál es nuestra existencia nacional? ¿Vale ésta la pena? ¿Tan enorme es su valor cultural? ¿Tenemos las bases suficientes como para sostener moralmente a nuestros combatientes?». ¿Cómo contestaría actualmente usted a estas preguntas?

Estas preguntas, personalmente, no me preocupan. Ser checo para mí es una evidencia, como lo es ser un hombre, tener el pelo rubio o vivir en el siglo XX. Si hubiera vivido en el siglo XIX, tal vez me hubiera planteado la cuestión de mi identidad nacional y puede que me hubiese preguntado si "valía la pena". Pero vivo ahora, y la cuestión de saber si hay que desarrollar o disolver nuestra nación es algo que han decidido otros; no tengo por qué preocuparme de ello. Mi principal preocupación es la de todo el mundo: qué hacer con mi vida, qué solución dar a mis problemas existenciales, éticos, a mis problemas de ciudadano. Si se me plantean a mí, un checo que vive aquí, a un argentino en Argentina, es que —como dice el bravo soldado Svejk— el buen Dios ha querido que yo sufra y haga sufrir a los demás aquí y no en Argentina. Así que no considero que nuestro problema nacional sea algo esencial, y nuestro destino dependerá de nosotros en la medida en que cumplamos nuestras tareas, simplemente humanas.

En este punto quisiera volver a la polémica con Milan Kundera que usted ha evocado, pues concernía precisamente a nuestra identidad nacional y nuestro destino. Lo que me molestaba en aquel artículo es que Kundera —y otros con él— entendiese por nuestro destino nacional la ocupación del país por el ejército soviético y el comportamiento adoptado por nuestra población. Como si los soviéticos no hubiesen venido para restablecer su orden en una colonia desobediente sino para realizar la tragedia de los checos, y como si nuestros representantes se hubieran visto obligados a firmar los acuerdos de Moscú por esta misma razón. Las consecuencias de estos acontecimientos —el trágico destino checo— se presentaba como su causa. No tengo nada en contra de los paralelismos históricos, ni contra las reflexiones sobre el sentido de nuestro



pasado, pero me cuesta admitir que uno se sirva de ellas para apartar la atención de los problemas simplemente humanos, éticos o políticos, que precisamente dan sentido a nuestra historia nacional. Comprendo y respeto la decepción de nuestros antiguos comunistas frente al fracaso del reformismo. Pero no estoy de acuerdo con ellos cuando, después de haberse roto los dientes contra la dura realidad, la explican gracias al eterno destino nacional. Ellos se lavan las manos y hacen responsable a la Historia. Esta "coartada" histórica aparece también en los textos de Kundera. Uno cree "haber tenido en las manos el volante de la historia", y luego se da cuenta de que la historia gira en otra dirección y concluye, con bastante rapidez, que al volante de la historia no había nadie. De ahí su concepción de la historia embrujada: como si existiera en un mundo aparte, en un universo de la fatalidad; como si su curso fuera independiente de nosotros, imprevisible;

como si estuviera en manos de demonios que no hacen otra cosa que destruirnos, engañarnos, abusar o —en el mejor de los casos— burlarse de nosotros. En mi opinión, esto es una extrapolación exagerada de su propia decepción. ¡La historia no está en "otra parte"! Está aquí mismo, la hacemos todos, Kundera con sus novelas, usted con sus entrevistas, los activistas de la Carta con sus peticiones. Nuestros actos de todos los días, ya sean buenos o malos, forman parte integrante de ella. La vida no está fuera de la historia, ni la historia está fuera de la vida.

Pero volvamos a la "cuestión checa". No quiero decir que no exista. Sugiero, solamente, que dejemos de servirnos de ella como de una percha para colgar lo que nos pesa a la espalda, o como de un demonio a quien hacemos responsable de nuestras desgracias. La "cuestión checa" juega con demasiada frecuencia ese papel y desconfío cuando me obligan a hablar de ella. ◇